

LA FORMACIÓN DE LA COLECCIÓN DE REFERENCIA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

JUAN DELGADO CASADO

INTRODUCCIÓN

La atención que se presta a los fondos más valiosos de la Biblioteca Nacional apenas ha permitido ocuparse de la mención de otras obras que constituyen la colección de nuestra primera biblioteca. Las líneas que siguen están encaminadas a fijar la atención en la colección de obras de referencia y más concretamente en el núcleo que constituyen las bibliografías, un fondo más de la Nacional, sin ninguna relevancia en cuanto a su valor material o su rareza, pero que comprende, sin duda, el conjunto de obras más utilizadas por los bibliotecarios. No se trata de presentar la historia y el contenido de estos fondos sino de proporcionar algunos datos sobre la formación de la colección de bibliografías teniendo en cuenta el procedimiento seguido para su incorporación a la Biblioteca.

Los datos con los que contamos son en verdad exiguos. Las referencias, relativamente frecuentes, a las bibliografías no salen de lo que afecta a los premios bibliográficos de la Biblioteca Nacional. Las distintas «Memorias» y la colección de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* dan cuenta sistemáticamente de la convocatoria de los premios, de las obras presentadas, de la resolución del concurso y de los avatares de la publicación de las obras presentadas. Parece como si no hubiera otras bibliografías.

Prescindo por ello, en líneas generales, de las bibliografías presentadas y premiadas en los mencionados concursos¹ para fijarme en el resto

¹ La historia de los premios bibliográficos de la Biblioteca Nacional está, sin embargo, por hacer, aunque no falta documentación que permita su elaboración. Algunos aspectos relativos a estos premios y concretamente la mención de las obras presentadas y su localización en la Biblioteca Nacional se encuentran en dos publicaciones ampliamente difundidas, el artículo de Julio GÓMEZ SALAZAR, «Los premios bibliográficos de la Bi-

de las bibliografías atendiendo, de forma muy general, a su incorporación a los fondos de la Nacional en diferentes épocas y por distintos cauces.

Sin perjuicio de dedicar unas líneas a la formación de la colección de bibliografías durante el período en que la Nacional es todavía Biblioteca Real, me voy a centrar en la etapa que transcurre desde 1836, cuando la Biblioteca pasa a ser un establecimiento del Estado con el nombre de Biblioteca Nacional, hasta 1898, más o menos, fecha en que Menéndez Pelayo se hace cargo de la dirección y casi inaugura el edificio actual. Todavía habría que restringir algo más los límites y venirse a 1857 ó 1858, fechas de creación de los premios bibliográficos y del Cuerpo Facultativo, dos hechos que influirán en el desarrollo de la bibliografía en España e indirectamente en el acrecentamiento de la colección de obras de referencia de la Biblioteca.

Paz y Melia² establece los cauces para el ingreso de fondos en la Biblioteca: «Seis fuentes principales alimentan el caudal de sus fondos; obras depositadas por impresores o editores; libros procedentes de los depósitos para la Propiedad Intelectual; parte correspondiente de lo que por suscripción, premios o compra envía el Estado; adquisiciones con la consignación anual de 30.000 pesetas; donativos de corporaciones o de particulares, nacionales y extranjeros, y cambio internacional.»

La entrega de obras como consecuencia de las disposiciones legislativas arranca de una orden de Felipe V, de 1716, en la que se disponía que «de todo cuanto se imprimiera en el reino se entregara a la biblioteca un ejemplar». El acatamiento de la normativa legal desde el primer momento fue tan escasa que se hizo necesario reiterar periódicamente y mediante nuevas disposiciones la obligación de entregar un ejemplar de todo lo impreso³.

El incumplimiento de las disposiciones legales, que afecta a todo tipo de fondos de la Biblioteca, se acusa especialmente en las bibliografías y son muy pocas las que ingresan por entrega gratuita de los impresores. En libros de entrada de fondos, del siglo XVIII, que recogen las obras in-

bliblioteca Nacional», en *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*, IV (1955), páginas azules y el estudio de Julián MARTÍN ABAD, «Los manuscritos bibliográficos de la Biblioteca Nacional», en *Varia Bibliographica. Homenaje a José Simón Díaz*, Kassel, Reichnberger, 1987, pp. 439-450.

² PAZ Y MELIA, Antonio: *La cuestión de las bibliotecas nacionales y la difusión de la cultura*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1911, p. 82.

³ Guillermo GUASTAVINO GALLET en su libro *El Depósito Legal de obras impresas en España. Su historia, su reorganización y resultados, 1858-1961*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1962, pp. 39-79 hace una historia de las disposiciones legales en esta materia.

gresadas por este concepto nos ha sido imposible localizar bibliografía alguna. Por otra parte, en todas las «Memorias» publicadas a lo largo del siglo XIX se dedica un párrafo a llamar la atención sobre la escasez de obras entregadas en virtud de la normativa legal. En dichas «Memorias» suelen aparecer listas de obras entregadas pero tampoco hemos podido encontrar bibliografías. Únicamente a partir de fines del siglo XIX las infracciones se van reduciendo, sin que la observancia de la normativa legal llegue a ser total nunca. En todo caso el incumplimiento, en lo que afecta a las bibliografías, es tan grande que impide que podamos considerar este procedimiento una forma efectiva de ingreso de fondos en la Biblioteca.

El segundo cauce indicado por Paz se refiere a la entrega de ejemplares que hacen los autores como garantía de propiedad intelectual pero, al parecer, las obras ingresadas por este procedimiento se reducen casi exclusivamente a piezas teatrales y musicales. Las bibliografías vuelven a estar ausentes y las pocas que entran por este procedimiento son de finales del siglo XIX.

En lo que Paz denomina «envíos del Estado por suscripción, premios o compra» se pueden distinguir, al menos, dos fórmulas. Unas veces el Estado reparte obras que ha recibido en ejemplares múltiples por haber contribuido económicamente a su publicación. Son obras para las que sus autores han solicitado ayuda económica. En otras ocasiones es el Estado el encargado de costear la publicación y de distribuir la tirada. Una variante de esta segunda posibilidad se produce con la publicación de las obras premiadas en los concursos bibliográficos. Ahora es la propia Biblioteca la encargada de costear la edición (eso sí, mediante una partida destinada a ello entregada por el Ministerio de Fomento primero y el de Instrucción Pública después) y, lógicamente, de distribuirla. Ninguna de las dos fórmulas parece haber reportado muchas bibliografías a la Biblioteca. En cuanto a los premios bibliográficos, la incorporación a la Biblioteca es inmediata tras su publicación.

El donativo es, junto a las compras, el procedimiento que ha permitido el mayor incremento de bibliografías en la Biblioteca. En 1876 Cándido Bretón alude a ello: «Grande es el número de obras que se conservan en la Biblioteca debidas a la generosidad de personas particulares y de corporaciones así de España como del extranjero⁴.»

Los donativos proceden de particulares y de instituciones. Entre los primeros, un número considerable de donantes lo constituyen los propios autores. Generalmente los donativos se reducen a una obra, aunque

⁴ BRETÓN Y OROZCO, Cándido: *Breve noticia de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.^a, 1876, p. 8.

en ocasiones hay donación de varias o de lotes y en algún caso —siempre se recuerda el de la Vda. de D. Luis Usoz— de bibliotecas completas. Si los donativos han incrementado el fondo de la Biblioteca en su conjunto, especial consideración merece el incremento de las bibliografías.

Son muchos los repertorios que entran por este procedimiento y podemos suponer que la abundancia de donativos de obras bibliográficas se explica por las peculiaridades de los autores, a menudo bibliotecarios en distintos centros, a veces miembros del Cuerpo Facultativo o investigadores cuyos repertorios se han elaborado a partir de los fondos de la Biblioteca. En cuanto a los donativos de instituciones, se reciben abundantes de las entidades afines, es decir de otras bibliotecas, cuyas obras son, con mucha frecuencia, también repertorios. En este sentido son muy numerosos los catálogos enviados gratuitamente a la Nacional.

Las «Memorias» de la Biblioteca vuelven a ser una fuente importante para determinar el tipo de obras ingresadas por donativo pues en cada una se incluye una lista de las recibidas por este concepto.

La compra es el segundo procedimiento efectivo por el que las bibliografías ingresan en la Biblioteca, aunque el escaso presupuesto con que ha contado desde siempre no ha permitido adquisiciones masivas. Casi todo lo que se compra es libro extranjero aunque también se adquieren obras españolas, pero entre estas últimas nunca encontramos bibliografías, lo que permite suponer que, como se ha indicado anteriormente, los repertorios españoles se incorporan a la Biblioteca, en muchos casos, gratuitamente. En las «Memorias» anuales, junto a las lamentaciones por el incumplimiento de la legislación en materia de entrega de libros, siempre aparece un párrafo dedicado a la escasez de medios que impide incorporar a la Biblioteca lo publicado en el extranjero. Es verdad que el escaso dinero disponible se emplea, en numerosas ocasiones, en la adquisición de obras de consulta de carácter general (enciclopedias, diccionarios, repertorios artísticos y biográficos, colecciones de fuentes y de textos clásicos, etc.) y de algunas bibliografías.

La información más completa sobre las adquisiciones de la Biblioteca, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, nos la proporciona la documentación conservada en la Sección de Manuscritos consistente en 14 cajas sin otra indicación que la de «Compras», igual en todas y por el momento sin signatura. En estas cajas se conservan los recibos entregados por los proveedores de libros, lo que permite darse una idea de los libros adquiridos, su precio y el librero vendedor. Se conserva también alguna documentación sobre la compra de bibliotecas completas y la correspondencia generada por la adquisición de determinadas obras. El conjunto permite hacerse una idea bastante aproximada de las entradas de libros extranjeros en la Biblioteca Nacional procedentes de compras.

Por último, en cuanto a lo que Paz denomina «cambio», casi ninguna bibliografía de las que hemos manejado lleva indicación de que proceda de canje. Esto no quiere decir que no haya existido tal procedimiento de incremento de fondos pero creemos que las bibliografías, hasta mediados del siglo XIX, no fueron objeto de intercambio. A partir de esa fecha la Biblioteca va a disponer de un material utilísimo para el intercambio, las bibliografías premiadas en los concursos.

LA LIBRERÍA REAL

Cuando en 1836 la Biblioteca Real se convierte en Biblioteca Nacional cuenta ya con una primera colección de bibliografías, escasa en número pero suficientemente representativa al incluir los repertorios más importantes aparecidos hasta entonces. Entre sus fondos se encuentran casi todas las obras españolas y las bibliografías clásicas extranjeras. En su primer siglo largo de vida la Biblioteca ha conseguido constituir un núcleo básico de bibliografías al recoger, por lo menos, los repertorios fundamentales.

Las marcas de propiedad —el sello de la Biblioteca Real— permiten reconstruir la primera colección de bibliografías de la Biblioteca entre las que se encuentran las bibliografías nacionales de Thomas Tanner *Bibliotheca Britannico Hibernica* (London, 1748) y Aubert Le Mire *Elogie Illustrium Belgii* (Anvers, 1602) y las francesas de F. La Croix du Maine y de Antoine Du Verdier (publicadas en París y Lyon en 1584 y 1585 respectivamente), las bibliografías especializadas de Paschal Lecoq *Bibliotheca medica* (Bale, 1590) y C. von Beughem *Bibliographia mathematica* (Amsterdam, 1688), las de Paulo Bolduano *Bibliotheca philosophica* (Jena, 1616) y *Bibliotheca historica* (Leipzig, 1620), la de G. R. Bohemer *Bibliotheca scriptorum historiae naturalis* (Leipzig, 1785-1789), la de Gabriel Naudé *Bibliographia politica* (Venezia, 1633) y las de Martin Lipen *Bibliotheca realis medica* (Frankfurt, 1679) y *Bibliotheca realis juridica*, además del repertorio de Teophilus Georgi *Allgemeine europäisches bücher lexikon* (Leipzig, 1742-1758), las bibliografías de bibliografías de Philippe Labbé y de Antoine Teissier, el repertorio de incunables de Michel Maittaire *Annales typographici* (La Haya, 1719-1741), las dos bibliografías de libros hebreos más importantes, la de Giulio Bartoloccus *Bibliotheca magna rabbinica* (Roma, 1683) y la de Johann Christoph Wolf *Bibliotheca Hebraea* (Hamburg, 1715) y las dos primeras bibliografías de autores españoles, la de Valerius Andreas *Catalogus clarorum Hispaniae* (Mainz, 1607) y la de Andrea Schott *Hispaniae Bibliotheca* (Frankfurt, 1608), además de otras muchas bibliografías especializadas en dis-

tintas materias y un buen número de repertorios concernientes a órdenes religiosas.

Faltan en esta primera época de la Biblioteca muchas bibliografías, sin duda, y si algunas como las de Symphorien Champier *De medicina claris scriptoribus* (Lyon, 1506), Giovanni Nevizzano *Inventarium librorum utroque jure hactenus impressorum* (Lyon, 1522), Otto Brunfels *Catalogus illustrium medicorum* (Strasbourg, 1530), John Bale *Illustrium maioris Britanniae scriptores* (1548) o Andrew Maunsell *Catalogue of english printed books* (London, 1555) han quedado hasta ahora definitivamente fuera, otras muchas que se pueden echar en falta como las de Francesco Doni *La Libreria* (Firenze, 1550), Justo Fontanini *Della eloquenza italiana* (Venezia, 1727), J. Jacob Fries *Bibliotheca philosophorum* (Zurich, 1592), Albrecht von Haller *Bibliotheca chirurgica* (Berne, 1793), C. von Beughem *Incunabula typographiae* (Amsterdam, 1688), Diogo Barbosa Machado *Bibliotheca lusitana* (Lisboa, 1741-1759), N. F. Haym *Bibliotheca italiana* (London, 1726), François De Bure *Bibliographie instructive* (París, 1763-1782) o B. Gotthelf Struve *Bibliotheca juris selecta* (Jena, 1703) se incorporarán en la segunda mitad del siglo XIX a la Biblioteca, unas por compra, otras por donativo y muchas formando parte de bibliotecas particulares adquiridas en bloque.

En cuanto a las bibliografías españolas casi todas se encuentran en la Biblioteca incorporadas gratuitamente o a través de bibliotecas compradas. La Biblioteca Real cuenta con los repertorios de Ribadeneyra relativos a los escritores de la Compañía de Jesús, con el *Epítome de la bibliotheca oriental y occidental, nautica y geographica* (Madrid, 1629) de Antonio de León Pinelo, con las «Bibliotecas» de Nicolás Antonio y de Latassa, la *Bibliographia critica sacra et profana* (Madrid, 1740-1742) de Miguel de San José y las bibliografías de Joseph Rodríguez *Bibliotheca Valentina* (Valencia, 1747), José Ortiz de la Peña *Bibliotheca Salmantina* (Salamanca, 1777-1779), Roberto Muñiz *Bibliotheca cisterciense* (Burgos, 1793), Thomas Herrera *Alphabetum Agustinianum* (Madrid, 1644), con una nota de procedencia de los Descalzos, José Rezabal y Ugarte *Bibliotheca de los escritores que han sido individuos de los seis Colegios Mayores* (Madrid, 1805), y con el *Ensayo de una bibliotheca de los mejores escritores del reinado de Carlos III* (Madrid, 1785-1789) de Sempere y Guarinos, entre otras. De las obras que faltan, algunas, como por ejemplo la de Luis Gómez, la de Juan Bautista Cubié, la *Typographia...* de Méndez o el repertorio de incunables de Carlos La Serna Santander se incorporarán a la Biblioteca en la segunda mitad del siglo XIX con la entrada de diversas bibliotecas particulares.

Mención aparte merecen los repertorios elaborados por los propios empleados de la Biblioteca que, es de suponer, ingresarían inmediatamente en la misma. A pesar del intenso trabajo bibliográfico y de investigación en general de los empleados de la Biblioteca, son escasas las bi-

bliografías publicadas. La actividad bibliográfica ha permanecido en muchos casos inédita, cuando no perdida y apenas podemos contabilizar algo más de media docena de repertorios publicados.

Recordemos la *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialense* (Madrid, 1760-1770) de Miguel Casiri, el *Catálogo alfabético de las Comedias, Tragedias...* (Madrid, 1786) y la *Bibliotheca militar* (Madrid, 1760) ambas de García de la Huerta, el catálogo de Juan de Iriarte *Regiae Bibliothecae Matritensis Codices Mss* (Madrid, 1769), la *Bibliotheca española* (Madrid, 1781-1786) de Rodríguez de Castro y el repertorio de traductores de Pellicer y Sforcada, además de la nueva edición de la «Bibliotheca» de Nicolás Antonio, publicada en Madrid entre 1783 y 1788, en la que participaron, entre otros, Pérez Bayer, Rafael Casalbón, Juan de Iriarte, Pellicer y Tomás Antonio Sánchez.

La difusión de todas estas obras fue sin duda muy grande como lo demuestra el número de ejemplares con que cuenta la Biblioteca (salvo de la *Bibliotheca militar* de García de la Huerta), aunque debe tenerse en cuenta que algunos ejemplares no ingresan directamente en la Biblioteca Real sino posteriormente en la Biblioteca Nacional formando parte de bibliotecas adquiridas.

La entrega de libros por los impresores no parece haber sido una fuente importante de ingresos. En el volumen manuscrito *Libros entregados en esta Real Biblioteca por los impresores de esta Corte en virtud del Real Decreto de 8 de marzo en que mandó pusiesen un ejemplar de todo lo impreso* no he podido encontrar ninguna bibliografía⁵.

En cuanto a las compras, ni a través de los recibos de venta conservados en las cajas anteriormente mencionadas, ni en el registro de libros adquiridos por la Biblioteca se han podido localizar muchas bibliografías⁶. Entre las pocas que aparecen mencionemos la *Bibliographia historica, chronologica et geographica* (Amsterdam, 1685) de C. von Beughem, la *Bibliotheca chemica curiosa* (Genève, 1702), de J. J. Manget, el *Journal des sçavans*, comprado al librero José Orcel, la *Bibliothèque historique de la France* (París, 1719) de Jacques Lelong y la *Prompta Bibliotheca Canonica* (Roma, 1767) de Lucio Ferraris. Muy poco, como se puede apreciar.

Sin duda, la colección de bibliografías existente se ha ido formando por otros procedimientos entre los que no se puede descartar el donativo y la confiscación de determinadas bibliotecas, además de la compra de algunas como la del cardenal Arquinto, en 1760, a través de la cual se incorporan a la *Bibliotheca* varias bibliografías importantes entre las

⁵ Se conserva en la Sección de Manuscritos con signatura PS 18.765 y abarca desde 1712 a 1752.

⁶ Los manuscritos 18.841 y 18.842 son libros de entrada de obras compradas por la Biblioteca entre 1716 y 1808.

que se encuentran las obras de Conrad Gesner *Bibliotheca Universalis* (Zurich, 1545), de Jacob Quétif y J. Echard *Scriptores Ordinis Praedicatorum* (Paris, 1719) y de Vincent Placcius *Theatrum anonymorum et pseudonymorum* (Hamburg, 1708).

Todas las compras mencionadas se realizan durante el siglo XVIII, paralizándose la actividad en casi toda la primera mitad del XIX. Cuenta Rodríguez Marín⁷ que el bibliotecario Patiño, al solicitar para la Biblioteca Nacional la exención de pago de derechos aduaneros, aducía que desde 1808 no se había podido comprar libro alguno de los publicados en el extranjero. La Reina concedió la franquicia en 1835 lo que significa que hasta esa fecha, por lo menos y desde 1808 la adquisición de libros extranjeros había sido nula.

Desde luego no he encontrado ninguna nota de venta correspondiente a esos años y, por otra parte, las fechas de las que estamos hablando coinciden con los años que García Morales⁸ considera de decadencia de la Biblioteca Real. Por ese motivo las bibliografías aparecidas en los primeros treinta años del siglo XIX, como las de Antoine Alexandre Barbier *Dictionnaire des ouvrages anonymes* (París, 1822), Ludwig Hain *Repertorium bibliographicum* (Stuttgart, 1826-1838) o J. M. Querard *La France littéraire* (Paris, 1827) se incorporarán a la Biblioteca años después de su publicación, generalmente formando parte de las bibliotecas particulares adquiridas en el último tercio del siglo XIX.

La decadencia a la que acabo de referirme y que se refleja en la falta de adquisiciones se produce también en la actividad editora de la Biblioteca pues desde 1807 a 1857 no se imprime ninguna obra, ni siquiera, como anteriormente, catálogos de la Biblioteca y será con la publicación de las bibliografías premiadas en los concursos cuando se produzca una segunda etapa editora de la Biblioteca.

LA BIBLIOTECA NACIONAL

En 1836 la Biblioteca Real deja de ser una institución de la Corona para convertirse en un establecimiento del Estado con el nombre de Biblioteca Nacional. La escasa actividad de sus primeros años, hasta mediados del siglo XIX, debida posiblemente, y entre otras razones, a las personas que pasaron por la dirección, políticos y literatos ajenos al mundo de las bibliotecas, contrasta con la vitalidad que alcanzará en los últimos

⁷ Véase la *Guía histórica y descriptiva de los archivos, bibliotecas y museos arqueológicos de España...* bajo la dirección de D. Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1916, p. 40.

⁸ GARCÍA MORALES, JUSTO: *La Biblioteca Real (1712-1836)*, Madrid, Ayuntamiento, 1971.

treinta años que, según Manuel Carrión⁹, «trajeron consigo tal cosecha de adquisiciones extraordinarias para la Biblioteca Nacional, que la convirtieron de hecho en el primer centro hispánico de la cultura impresa española para siempre» y que se plasmará, desde luego, en el incremento de la colección de bibliografías.

Tres hechos muy cercanos en el tiempo van a contribuir, más o menos directamente, al desarrollo de la colección. Nos estamos refiriendo a la fundación de la Escuela de Diplomática, en 1856, en la que una de las asignaturas será Bibliografía, la creación de los premios bibliográficos de la Biblioteca Nacional, en 1857 y un año después a la creación del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios.

La Escuela de Diplomática se encargará durante más de cincuenta años de formar, más que bibliotecarios, investigadores en su sentido más amplio, permitiendo además iniciarse en las tareas bibliográficas a buena parte de sus alumnos.

La creación de los premios bibliográficos es un hecho de máxima importancia en el desarrollo de la bibliografía en España pues será un incentivo para la elaboración de estas obras. Los autores de bibliografías podían presentarlas a los concursos de la Nacional que, por regla general, se encargaba de publicar las obras premiadas. Podían también, al margen de los concursos, publicarlas por su cuenta, solicitar ayuda de alguna institución para su publicación o presentarla a otros certámenes.

Las obras premiadas y publicadas ingresaban inmediatamente en la Biblioteca Nacional pues era ésta la que hacía la distribución de la tirada. Existe un volumen manuscrito¹⁰ conservado en la Biblioteca en donde se apuntaba el destino de cada ejemplar de las bibliografías publicadas, reservándose siempre uno o varios para la Nacional mediante la indicación «Servicio público de la Bibca.» o «Archivo de la Bca. Nacl.» o «Entregados en Secretaría para los Sres. empleados facultativos, servicio y archivo de la Bibca.»

La impresión de algunas bibliografías aparecidas en la segunda mitad del siglo XIX está costeada a veces por sus autores o por instituciones diversas. La publicación a cargo de los autores no debía ser fenómeno infrecuente y José Villa-Amil y Castro alude a ello en la introducción a su *Ensayo...*¹¹: «[...] la publicación del presente libro, tras de ser un superfluo

⁹ CARRIÓN GÚTIEZ, Manuel: «D. Pascual de Gayangos y los libros», en *Documentación de las Ciencias de la Información*, VIII (1985), p. 71.

¹⁰ Se trata de *Biblioteca Nacional. Obras de Fondo (Memorias Bibliográficas)*, con signatura actual L.56.

¹¹ VILLA-AMIL Y CASTRO, José: *Ensayo de un catálogo sistemático y crítico de algunos libros, folletos y papeles así impresos como manuscritos que tratan en particular de Galicia*, Madrid, Imprenta, de T. Fortanet, 1875.

dispendio hecho en perjuicio de mi familia [...]» Por otra parte, varias instituciones se encargan de la publicación de algunos repertorios como el de Francisco de Paula Pavía *Galería biográfica de los generales de Marina* (Madrid, 1873-1874), costeadado por el propio Ministerio de Marina o los de Tomás Baeza relativos a Segovia, impresos a expensas de la Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País.

Aunque los concursos bibliográficos de la Biblioteca Nacional son con justicia los más famosos por la cantidad y calidad de las obras presentadas y premiadas, no podemos olvidar la existencia de otros en los que alcanzaron el premio, y fueron a continuación publicadas, obras bibliográficas.

Es el caso de la *Bibliografía histórica de la filología castellana* (Madrid, 1893) del Conde de la Viñaza, «Obra premiada con voto unánime en público certámen de la Real Academia Española y publicada a sus expensas», de los *Estudios de bibliografía jurídica del derecho y notariado* (Madrid, 1878) de Manuel Torres Campos, premiada por la Academia Matritense del Notariado, del «Catálogo de los libros impresos en Pamplona» incluido, con otros trabajos, en el *Certámen científico, literario y artístico en la ciudad de Pamplona* (Pamplona, 1884), de la *Historia y bibliografía de la prensa de Badajoz* (Badajoz, 1901) de Román Gómez Villafranca, que obtuvo el «premio ofrecido por el Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros en los Juegos Florales celebrados en Badajoz» y de las obras de Constantí Llobart *Los fills de la morta viva* (Valencia, 1879) y de José Enrique Serrano Morales *Reseña histórica de la imprenta en Valencia* (Valencia, 1898-1899), ambas premiadas en los juegos florales celebrados por la Sociedad «Lo Rat-Penat» en los años 1879 y 1893 respectivamente¹².

Por último, la creación del Cuerpo Facultativo influirá, sin duda, en la preparación de repertorios, no sólo porque sus miembros, formados en la Escuela de Diplomática, están preparados para afrontar con algo más que entusiasmo y tesón su elaboración sino porque, como recuerda Villa-Amil y Castro en la obra anteriormente citada «[Es] circunstancia preferente para los ascensos por concurso, haber publicado obras referentes a los ramos de Bibliografía, Diplomática y Arqueología.»

La conclusión a la que quiero llegar es que la colección de bibliografías de la Biblioteca se incrementa enormemente a consecuencia del número extraordinariamente amplio de bibliografías aparecidas en España en la segunda mitad del XIX y no sólo como consecuencia de los premios de la Nacional.

¹² Los premios a bibliografías se prolongarán hasta muy entrado el siglo XX. En los juegos florales de 1922 obtiene premio el *Ensayo de una bibliografía de libros de fiestas celebradas en Valencia* de Salvador Carreres Zacaes y en 1933 el Ayuntamiento de Tudela premia el *Ensayo de una Biblioteca Tudelana* de José Ramón Castro.

Por otra parte, las bibliografías españolas del siglo XIX son solamente una parte del conjunto de repertorios ingresados en esos años. Junto a las obras modernas españolas se incorporarán algunas bibliografías extranjeras y bastantes bibliografías antiguas que aún no se encontraban en la Biblioteca.

La incorporación de ejemplares por entrega de los impresores es uno de los procedimientos que menos fondos ha proporcionado a la Biblioteca, al igual que había ocurrido en el siglo XVIII. En las listas publicadas en las «Memorias» de la Biblioteca son escasísimas las bibliografías recibidas en cumplimiento de las disposiciones legales. Recordemos, no obstante, que por ese cauce se depositaron en la Nacional la *Biblioteca de escritores baleares* (Palma de Mallorca, 1868) de Joaquín María Bover, el *Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles* (Madrid, 1868-1881) de Baltasar Saldoni, el *Bosquejo acerca del estado que alcanzó... la literatura en Asturias* (Bajadoz, 1885) de Máximo Fuertes Acevedo y la refundición hecha por Gómez Uriel, *Biblioteca antigua y nueva de escritores aragoneses* (Zaragoza, 1884-1886), de las «Bibliotecas» de Latassa.

Más escasas son aún las bibliografías procedentes del registro de la propiedad literaria entre las que encontramos los *Apuntes para una biblioteca española de libros, folletos y artículos... relativos al conocimiento y explotación de las riquezas minerales...* (Madrid, 1871-1873) de Eugenio Maffey y Ramón Rúa de Figueroa y la edición de Hidalgo de la *Tipografía española* (Madrid, 1861) de Francisco Méndez, número reducidísimo pero que no es sino el reflejo de la escasez de obras de todo tipo que ingresaban por este concepto¹³.

Los donativos, fuente siempre importante en la incorporación de bibliografías a la Biblioteca, cobran una importancia considerable en los treinta últimos años del siglo XIX. Es evidente que a tenor de lo entregado por los impresores y a la vista de las compras efectuadas la colección de bibliografías tendría que ser mínima y cuando esto no es así es porque otro procedimiento sustitutorio de los anteriores, el donativo, jugaba un papel básico. Recordemos, para justificar las líneas anteriores, un párrafo inserto en la «Memoria» leída en la Biblioteca Nacional el año 1871: «La entrada de obras [...] durante el año 1870 no ha sido corta; si bien es necesario advertir que los dones han excedido mucho a las compras.»

Las «Memorias» de la Biblioteca y en ocasiones las propias dedicatorias estampadas en los libros permiten conocer las obras donadas por los autores, otras personas o diferentes instituciones. Entre los autores que

¹³ En la *Guía histórica y descriptiva...* cit., se indica que entre 1856 y 1875 se presentaron 888 obras.

ceden sus obras se encuentran, entre otros, Fermín Caballero, *La imprenta en Cuenca* (Cuenca, 1869), Nicolás Soraluze, *Más biografías y catálogo de obras vasco-navarras* (Vitoria, 1871), José Jordana y Morera, *Apuntes bibliográfico forestales* (Madrid, 1873), Cesáreo Fernández Duro, *Bibliografía del cerco de Zamora* (Madrid, 1875), José Antonio Garí, *Biblioteca Mercedaria* (Barcelona, 1875), Eugenio Hartzenbusch (Maxiriarth), *Unos cuantos seudónimos españoles...* (Madrid, 1892) y M. Murillo que envía su *Boletín de la Librería* (editado en Madrid desde 1873).

Además, La España Moderna regala los *Estudios biográfico bibliográficos de la medicina militar española* (Madrid, 1882) de Miguel de la Plata y Marcos, la Sociedad Económica Matritense, el Ministerio de Gracia y Justicia y la Academia de Jurisprudencia y Legislación los catálogos de sus bibliotecas, el Rector de la Universidad de Salamanca el *Catálogo de los libros manuscritos que se conservan en la biblioteca de la Universidad de Salamanca* (Salamanca, 1855) de Vicente de la Fuente y Juan Urbina y de los testamentarios de D. Indalecio de Sancha se reciben el *Dictionnaire bibliographique, historique et critique des livres rares...* (Paris, 1790) del librero A. C. Cailleau y la *Bibliographie instructive* (Paris, 1763-1782) de Guillaume François De Bure, dos obras importantes del siglo XVIII pero que no se encontraban en la Biblioteca.

Salvo escasas excepciones los donativos de obras extranjeras se limitan a catálogos parciales de algunas bibliotecas (British Museum, Biblioteca Publica de Porto) y a numerosos catálogos de bibliotecas en venta, remitidos por libreros españoles y extranjeros.

Donativos pueden considerarse también las obras procedentes de los conventos suprimidos y del fondo de la extinguida Inquisición, como la *Bibliographia mathematica* y la *Bibliographia eruditorum* (Amsterdam, 1688 y 1694 respectivamente), ambas de C. von Beughem, la *Bibliotheca philosophorum* (Zurich, 1592), de J. J. Fries y el *Index librorum omnium* (Venezia, 1525) de Luis Gómez, todas ellas con marcas de propiedad que ponen de manifiesto su origen.

Para completar lo concerniente a donativos recordemos la incorporación gratuita de las bibliotecas de D. Luis Usoz, en 1873 y de F. A. Barbieri años más tarde. Con la primera pasan a la Nacional varias bibliografías antiguas, muchas que ya se encontraban entre sus fondos, por ejemplo las de J. A. Fabricius, F. Latassa o M. Maittaire, pero otras incorporadas a ella por primera vez, caso de la importante *Incunabula Typographiae* (Amsterdam, 1688), de C. von Beughem. La biblioteca de Barbieri proporciona, en cambio, repertorios españoles modernos: la bibliografía sobre esgrima de Enrique Leguina, la de numismática de Juan de Dios de la Rada y Delgado, el *Manual de biografía y de bibliografía* (Paris, 1859) de Ovilo y Otero, la *Tipografía española* de Méndez en la edición de Hidal-

go, de 1861, y el suplemento de Juan Corminas a las *Memorias...* de Torres Amat.

El otro procedimiento de ingreso de fondos, la compra, tanto de ejemplares aislados como de bibliotecas completas, se desarrolla ampliamente en la segunda mitad del siglo XIX.

La documentación conservada en cajas en la Sección de Manuscritos y a la que antes se ha aludido, aunque arranca en 1743 está referida casi toda a la segunda mitad del siglo XIX. De la primera mitad del siglo no hay documentación alguna, lo que confirma la falta de compras en la Biblioteca en dicha época, como se ha indicado más arriba.

A través de esta documentación podemos conocer los libreros con los que trabajaba la Biblioteca y las obras que se compraban, cosa que también es posible a través de las «Memorias» anuales, que suelen dar noticia de las principales obras adquiridas. Casi todas las bibliografías se compran a Bailly-Ballière y a sus sucesores Fuentes y Capdeville y después, desde 1896 aproximadamente, Edmundo Capdeville¹⁴. Muy esporádicamente encontramos alguna bibliografía adquirida a través de Fernando Fe o Mariano Murillo. Indirectamente hay relación con editores y libreros del extranjero, Quaricht, Hoepli, Hiersemann, pero siempre a través de los proveedores de España.

Los recibos de que disponemos permiten apreciar un volumen de compras no excesivo, con bastantes obras de consulta generales y algunas bibliografías aisladas. Por regla general las compras se limitan a obras de humanidades y los libros que con más frecuencia se adquieren son estudios sobre historia y arte, vocabularios, colecciones de textos, enciclopedias y diccionarios especializados, repertorios biográficos y bibliografías. Entre las obras de consulta que se adquieren en esta época se encuentran los *Monumenta Germaniae Historica*, el *Corpus inscriptorum latinorum*, el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum* y ya en 1900, como afortunado inicio de la gestión de Menéndez Pelayo al frente de la Biblioteca, la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos anuncia la adquisición de la «Patrolología» de Migne.

En cuanto a las bibliografías, cabe anotar que en esta época, nos referimos siempre a la segunda mitad del XIX, aparecen con cierta frecuencia recibos de compra de bibliografías periódicas que, lógicamente, se repiten año a año a medida que se incorporan los volúmenes anuales. Por

¹⁴ En el estudio de Jean-François BOTREL, «Les libraires français en Espagne (1840-1920)», publicado en el volumen colectivo *Histoire du livre et de l'édition dans les pays ibériques. La dépendance*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 1986, pp. 61-84 hay un análisis de las actividades de Carlos Bailly-Ballière e indirectamente de Ubaldo Fuentes y Edmundo Capdeville pero ninguna indicación sobre la relación de estos libreros con la Biblioteca Nacional.

estos años se inicia la adquisición de la *Bibliographie de la France*, de la *Bibliografía Italiana*, del *English Catalogue of books*, del *Catalogue général de la librairie française* de Otto Lorenz, del *Anuario Bibliográfico de la República Argentina* (sic) y del *Catalogue of printed books* del British Museum, todas compradas a través de Bailly-Ballière o de Fuentes y Capdeville.

Por lo que se refiere a otros repertorios, recordemos la adquisición de algunas obras importantes como la *Bibliotheca bibliographica italica* (Roma, 1889-1896) de G. Ottino y G. Fumagalli, la *Bibliographie des bibliographies* (Paris, 1883-1887) de León Vallée, la *Bibliographie italico française* (Milano, 1886) de Joseph Blanc, la *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* (Paris, 1890) de Baker-Sommervogel, la *Bibliographie de la langue basque* (Paris, 1891-1898) de Julien Vinson, el *Supplément* (Paris, 1878-1880) de Pierre Deschamps y Pierre Gustave Brunet al *Manuel du libraire...* de J. Ch. Brunet o la *Bibliotheca Americana Vetustissima* (New York, 1866) de Henry HARRISSE, además de varios números de *The Bookseller* y de bastantes catálogos de bibliotecas. Todas estas obras también se adquieren a Bailly-Bailliére excepto la bibliografía de L. Vallée que se compra a M. Murillo.

Apenas hay datos sobre adquisiciones de obras españolas, aunque se puede mencionar la compra del *Catálogo de la Biblioteca de Salvá* (Valencia, 1872) de Pedro Salvá, en 1872 y de cinco ejemplares del *Diccionario General de la Bibliografía Española* (Madrid, 1862-1881) de Dionisio Hidalgo, concretamente del tomo primero.

Al margen de las bibliografías consignemos también la compra de diversas publicaciones de carácter profesional como *The Library Journal*, *Bulletin des bibliothèques et archives*, *Rivista delle biblioteche* o la primera edición de la Clasificación Decimal Universal de la que existe un folleto informativo remitido por el Instituto Internacional de Bibliografía.

El panorama sobre las adquisiciones de la Biblioteca Nacional quedaría incompleto si no dedicáramos unas líneas a mencionar la incorporación de varias bibliotecas privadas¹⁵, justamente célebres por sus fondos antiguos, pero que incluyen una serie de bibliografías de gran interés que van a permitir completar la colección de la Biblioteca al incorporarse obras que hasta ese momento no se encontraban entre sus fondos.

La compra de la biblioteca de Agustín Durán¹⁶, en 1863 aunque entregada a la Biblioteca Nacional diez años más tarde, supone la incorpo-

¹⁵ Las de Agustín Durán, José Carlos Mejía, Pedro Caro y Sureda, Serafin Estébanez Calderón, Cayetano Alberto de la Barrera y Pascual Gayangos, entre otras.

¹⁶ En la *Memoria remitida al Excmo. Sr. Ministro de Fomento, Instrucción y Obras Públicas, por el Director de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1865, se incluye el «Inventario de la Librería que fue del Excelentísimo Sr. D. Agustín Durán comprada por el Gobierno de S. M. con destino a la Biblioteca Nacional en virtud de Real Orden fecha en 27 de junio de 1863».

ración a ésta de obras tan importantes como el *Dictionnaire des ouvrages anonymes et pseudonymes* (Paris, 1822) de A. A. Barbier, la *Bibliographie instructive* (Paris, 1763-1782) de Guillaume François De Bure, la *Bibliotheca Lusitana* (Lisboa, 1741-1759) de Diogo Barbosa Machado, el *Manuel du libraire et de l'amateur des livres* (Paris, 1842-1844) de J. Ch. Brunet, el *Répertoire bibliographique universel* (Paris, 1812) de Gabriel Peignot o, al margen de las bibliografías, el repertorio de biografías *Biographie universelle ancienne et moderne* (Paris, 1811-1857) de Michaud, además de numerosas obras españolas del siglo XVIII (de N. Antonio, Latassa, Rodríguez de Castro, Pellicer, Casiri, Méndez, Sempere y Guarinos e Iriarte) y del XIX (Ovilo y Otero, Miguel Colmeiro, C. A. de la Barrera, José M.^a Eguren) entre las que se encuentran algunas obras premiadas en los concursos bibliográficos.

En 1864 se adquiere la biblioteca de José Carlos Mejía y con ella se incorpora a los fondos de la Biblioteca el repertorio de José Mariano Beristain de Souza *Bibliotheca Hispano-americana* (México, 1816), entre otros.

Con la compra de la biblioteca de D. Pedro Caro y Sureda, Marqués de la Romana, «colección de libros la más copiosa o de más valor que se ha puesto a la venta en España durante el siglo actual» según la «Memoria» leída en la Biblioteca Nacional en 1867, vuelve a incrementarse de forma considerable la colección de bibliografías¹⁷. Entre los repertorios procedentes de esta biblioteca encontramos los de B. G. Struve *Selecta Bibliotheca Historica* (Jena, 1705), Philippe Labbé *Bibliotheca bibliothecarum* (Paris, 1664), Georg Draud *Bibliotheca classica* (Frankfurt, 1625) y J. A. Fabricius *Bibliotheca latina* (Hamburg, 1697), junto con muchas obras españolas del siglo XVIII y alguna del XVII. También en 1873 se incorpora a la Nacional la biblioteca de Cayetano Alberto de la Barrera, aunque en esta ocasión las bibliografías que se reciben son más escasas, generalmente españolas y modernas y ya incorporadas con anterioridad a los fondos de la Biblioteca.

Inmediatamente antes de terminar el siglo se adquiere una biblioteca, la de Pascual de Gayangos, que constituye seguramente la colección más importante que se ha incorporado a la Biblioteca en materia de bibliografías.

Al no existir un catálogo de esta biblioteca¹⁸ resulta difícil localizar

¹⁷ Esta biblioteca, adquirida en 1866, se incorpora a la Biblioteca Nacional, junto con otras, en 1873. Su contenido puede conocerse a través del *Catálogo de la biblioteca del Excmo. Sr. D. Pedro Caro y Sureda, Marqués de la Romana, Capitán General del Ejército y General en jefe, que fue, de las tropas Españolas en Dinamarca el año de 1808. Trasladará a esta corte desde Palma de Mallorca, Madrid, Imprenta a cargo de Francisco Roig, 1865.*

¹⁸ Únicamente están recogidos los manuscritos. ROGA Y LÓPEZ, Pedro: *Catálogo de los manuscritos que pertenecieron a D. Pascual de Gayangos, existentes hoy en la Biblioteca Nacional, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1904.*

todos los repertorios pertenecientes a ella, aunque la consulta frecuente de las bibliografías de la Biblioteca Nacional permite encontrar constantemente el sello que identifica su procedencia. De las bibliografías pertenecientes a la biblioteca de Gayangos, algunas ejemplares únicos en la Biblioteca Nacional, recordemos *La Libreria* (Firenze, 1550) de Francesco Doni, la *Bibliotheca Italiana* (London, 1726) de N. F. Haym, el *Dictionnaire bibliographique choisi du quinzième siècle* (Bruxelles, 1805-1807) de Carlos La Serna Santander, la *Bibliotheca Militar* de Vicente García de la Huerta o el repertorio de William Thomas Lowndes *The Bibliographer's Manual of English Literature* (London, 1857-1864), ejemplos mínimos de una colección verdaderamente notable por su cantidad y calidad.

Para la colección de bibliografías de la Biblioteca Nacional la incorporación de la biblioteca de Gayangos pone el punto final a una etapa caracterizada por un auténtico aluvión de repertorios y es a la vez comienzo de los nuevos tiempos por los que atravesará la Biblioteca bajo la dirección de Menéndez Pelayo.

DON JOSÉ MARÍA OCTAVIO DE TOLEDO O TREINTA Y CINCO AÑOS DE HISTORIA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

MANUEL SÁNCHEZ MARIANA

Nació D. José María Octavio de Toledo y Navascués en Corella en el año de 1829. Fueron también sus padres oriundos de Navarra, pues aunque la madre, D.^a María del Carmen de Navascués y Navascués, había nacido en Madrid, procedía familiarmente de la localidad de Cintruénigo, y el padre, D. José María Octavio de Toledo e Ipal, era natural de Corella; D.^a María del Carmen y D. José María contrajeron matrimonio en Cintruénigo el 15 de febrero de 1819, del que resultó numerosa familia, pues llegaron a tener ocho hijos, el segundo de los cuales fue nuestro personaje. En la familia de la madre no faltaban las personas ilustres, incluso con relieve intelectual, pues el abuelo de nuestro bibliotecario, D. Joaquín José de Navascués, había sido catedrático de Sexta y Vísperas en la Universidad de Alcalá, Oidor y Consejero del Real y Supremo Consejo de Navarra, miembro del Real Consejo de las Órdenes Militares y caballero del hábito de Santiago¹.

La formación de nuestro D. José María Octavio de Toledo y Navascués fue de lo más curiosa para un bibliotecario, si bien lo enciclopédico de sus estudios debió ayudarle no poco en su carrera. Primeramente estudió Filosofía, alcanzando el grado de Bachiller en 1846. En el curso de 1848 a 1849 estudió y aprobó las materias de Geometría plana y descriptiva en el Conservatorio de Artes. Entre 1849 y 1855 estudió Ciencias físico-matemáticas en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central²,

¹ MENÉNDEZ PIDAL, Faustino: *Genealogías de los Navascués y sus enlaces*, Madrid, 1959, pp. 47-48.

² Son frecuentes los casos de dedicación a las ciencias exactas en la familia Octavio de Toledo. Un hijo de D. José María, Luis Octavio de Toledo, llegó a ser Catedrático de Análisis Matemático en la Universidad Central y Académico de la Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. La dedicación a las humanidades es, sin embargo, más frecuente en la familia materna, es decir, entre los Navascués.